

D. 5 de Cuaresma / A

Iniciamos la última etapa de la Cuaresma. La proximidad de la Pascua, y más concretamente la celebración de la pasión y muerte de Jesucristo, comienza a sentirse en las celebraciones.

En primer lugar se percibe en los textos eucológicos y bíblicos. La oración colecta de este domingo, por ejemplo, nos dice *que vivamos de aquel amor que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte*. A partir del lunes comenzamos a usar el «Prefacio I de la Pasión del Señor» donde se expone escuetamente la fuerza de la cruz, fuerza que radica en la inversión de los papeles que por lógica corresponderían, ya que en ella el *mundo es juzgado como reo y el crucificado exaltado como juez poderoso*. Asimismo las lecturas de esta semana hacen que de una manera u otra resuene en nosotros la pasión de Cristo.

En segundo lugar también podemos apreciar visualmente la cercanía de la pasión y muerte de Cristo ya que, desde este domingo hasta el Viernes Santo, se pueden cubrir las cruces y las imágenes de la iglesia. Se trata de una recomendación que hace el Misal actual siguiendo una antigua práctica obligatoria en el Misal precedente. La finalidad no es otra que evitar cualquier tipo de distracción, incluso visual, para que nada desvíe nuestra atención del misterio de Cristo. Pero repetimos que se trata de una recomendación.

* DIOS, PROTAGONISTA DE NUESTRA CONVERSIÓN

En este tramo final de la Cuaresma no debemos olvidar que la conversión no se trata tanto de algo que consigamos por nuestro empeño como de una transformación que Dios opera en nosotros en la medida en que le dejamos. Dios es el protagonista de nuestra conversión. Dios nos saca de nuestro pecado para ponernos junto a él del mismo modo que sacó al pueblo judío del exilio y lo restableció en la tierra prometida. Ezequiel nos recuerda en la primera lectura este protagonismo de Dios: *Yo abriré vuestros sepulcros; yo os sacaré de vuestros sepulcros; yo os infundiré mi espíritu y viviréis*.

* TERCERA CATEQUESIS BAPTISMAL

El evangelio de este domingo nos ofrece la tercera, y última, catequesis bautismal que la tradición empleaba para preparar a los catecúmenos al bautismo que recibirían en la Vigila Pascual. Se trata de la resurrección de Lázaro descrita por san Juan. Lázaro, el hermano de Marta y María, se encuentra enfermo.

Jesús es avisado de esto. Sin embargo Jesús tarda en ir a Betania y Lázaro lleva cuatro días enterrado cuando él llega. En este momento Jesús muestra su lado más humano al llorar por la muerte de su amigo. Pero después manifiesta su poder divino devolviéndole a Lázaro la vida.

Jesús es la vida

Que Jesús resucite a un muerto, a Lázaro en este caso, significa que Jesús tiene poder para dar la vida. Y como consecuencia esto nos debe llevar a reconocer que Jesús es el Mesías, el enviado de Dios pues solo Dios tiene poder sobre la vida y la muerte, solo Dios da la vida y la quita.

Pero Jesús no sólo se presenta como dador de vida sino como la misma vida. *Yo soy la resurrección y la vida*, dirá Jesús en el evangelio. Jesús es realmente la vida verdadera pues él da sentido a la vida, pues él nos ofrece un modo de vivir diferente. Jesús nos entrega una vida en plenitud, un vida que permite que la persona se desarrolle en todas sus dimensiones aquí y ahora, y una vida que no termina con la muerte sino que se prolonga para toda la eternidad. *El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.*

La vida de Jesús la recibimos en el bautismo

El bautismo nos injerta en la vida de Cristo. Con su recepción comenzamos a vivir en Cristo de tal modo que su vida pasa a nosotros. A partir del bautismo participamos de la vida del resucitado. A partir del bautismo el Espíritu vivifica nuestro cuerpo. Pero nosotros podemos acoger o rechazar esa vida que recibimos como un don. La catequesis bautismal de este domingo puede servirnos para reflexionar sobre cómo acojo y vivo la nueva vida que recibí en mi bautismo.

*** HUMANIDAD DE JESÚS**

Por otra parte, en el evangelio de la resurrección de Lázaro descubrimos el lado humano de Jesús que llora por la muerte de su amigo. Sin embargo esta acción tan humana va acompañada de un hecho plenamente divino: devolver la vida a un muerto. Jesús-hombre y Jesús-Dios no son dos personas diferentes, sino una única persona. No debemos olvidar esta unidad principalmente en estos días en los que la religiosidad popular resalta más el lado humano de Jesús.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI